

José Ramón González (ed.): *Pensar por lo breve. Aforística española de entresiglos (1980-2012)*. Somonte-Cenero (Gijón), Ediciones Trea (col. Trea poesía), 2013, 341 pp.

Entre los movimientos en el sistema de géneros de las últimas décadas cabe destacar una cierta recuperación de las formas breves, como el cuento, el microrrelato, el teatro breve o mínimo así como otras modalidades situadas en la periferia del canon, como sería el caso del aforismo. Así aparece constatado en la interesante antología que ha publicado recientemente José Ramón González, en la cual se recoge una nutrida selección de la producción aforística española más reciente. Podemos decir, por tanto, que el libro nace (y participa) de “esta expansión sostenida y silenciosa”, al dar visibilidad a un género más presente en el ámbito editorial de lo que pudiera creerse.

La selección viene precedida de un muy pertinente prólogo en el que el autor revisa las cuestiones fundamentales relativas a la práctica del aforismo. De este modo, al tiempo que recoge el estado de la cuestión, José Ramón González examina el problemático estatuto genérico y su evolución, lo que desemboca en un ensayo de definición, así como en el establecimiento de una tipología y de los rasgos predominantes. Por último, se atiende también a la fortuna del género dentro la literatura española y, por ende, al auge que mencionábamos más arriba.

A propósito del estatuto genérico y la definición del aforismo –y como viene a ser un tópico siempre que se trabajan las formas breves– se constata la naturaleza fronteriza del concepto, situado entre “literatura y filosofía”, entre “prosa de pensamiento y poesía”, deudora de las “fórmulas sentenciosas de la tradición oral y escrita”. Así, con este recorrido se pretende deslindar el aforismo de otras formas breves y sentenciosas. Se muestra como este término, usado por primera vez por el griego Hipócrates para designar un compendio de conocimientos médicos, se confundirá, a lo largo del tiempo, con los de máxima o sentencia, como enunciados de una verdad universal (Quintiliano) que, además, también incorporarán una sanción moral de las costumbres de una época (los llamados moralistas dieciochescos, Chamfort, La Rochefoucauld, Lichtenberg). Se concluye entonces que la distinción entre el aforismo clásico (lo que equivale a decir la máxima y la sentencia) y el moderno estribaría en las pretensiones de universalidad e intemporalidad, así como en la búsqueda de la formulación impersonal del primero.

El aforismo moderno, por su parte, se presenta como el resultado del tiempo de su enunciación, y por tanto, provisional, parcial o incluso intuitivo (y de ahí su parentesco con la epifanía). A su vez, el tono sentencioso puede ser reemplazado por la parodia o el juego, propiciando una mayor experimentación lírica. Al mismo tiempo, el texto se hace más flexible combinando "la enunciación formulística" con la "escritura fragmentaria", lo que apuntaría hacia una organización del libro como simulación de un proceso. Todos estos rasgos evidencian el abandono de la impersonalidad, relacionado con el descubrimiento moderno de la subjetividad que trae consigo el advenimiento del romanticismo, lo que a su vez se relaciona con la visión del yo "como una entidad relacional, inestable y en última instancia inasible" que se desprende de las manifestaciones aforísticas. El recorrido histórico hacia la constitución del género es convincente, al señalarse la incidencia del cambio de episteme. Quizá se hubiera podido prestar una mayor atención a la posible afinidad entre el aforismo y la llamada literatura del yo, como la escritura diarística o autobiográfica (a los que cabe añadir el ensayo).

En cuanto a las características textuales, José Ramón González se apoya fundamentalmente en los trabajos de Helmich, Bundgaard, Spang y Berranger, quienes señalan su condición de unidad textual breve y cerrada ("pensamiento completo", "enunciado autosuficiente") situada entre "el discurso filosófico y el discurso poético". La inclinación hacia uno u otro de estos discursos (las dominantes "poética" o "filosófica") sirve para ensayar una tipología del aforismo. Por otra parte, estos estudiosos coinciden en señalar como elemento propio del género el efecto epifánico o revelador (y por tanto su componente pragmático), "la sorpresa estética o gnoseológica" que detecta Helmich. Otro aspecto destacable es la indagación en torno a "el estatuto editorial y protocolos de lectura", y es que "la resonancia", "la narrativización" o "la serialización" que puede establecerse entre todas sus unidades invitarían a una interesante hibridación genérica con la novela, el diario o la autobiografía, es decir, con la escenificación del yo, elemento que, como se apunta en este acertado trabajo, es crucial, precisamente, para el nacimiento del aforismo.

Por último, se aborda la fortuna del aforismo en España, la cual seguiría muy de cerca las grandes fases de la historia literaria reciente: con una etapa de esplendor en el primer tercio de siglo (sin duda propiciada por un momento de hibridación genérica y difusión editorial); su desaparición durante la posguerra; y un resurgimiento hacia los ochenta, que desembocaría en la "normalización" de los años noventa y en la explosión en el mundo editorial de los últimos años. Para explicar este reciente repunte se aducen razones de índole sociocultural (el mercado, la fragmentación del fin de siglo, las redes sociales, o incluso la reacción a lo políticamente correcto) con otras de orden estrictamente literario (la vuelta al "quintaesencismo"). De particular interés nos parece la relación que este estudioso establece entre el cultivo del aforismo con "la retracción hacia el ámbito subjetivo" que tuvo lugar en la literatura de las últimas décadas. Así a través del aforismo, un autor manifestaría su "compromiso con el mundo" o reaccionaría frente a la disolución moral e ideológica de la posmodernidad. En todo caso, a través del libro de aforismos el autor escenifica "su construcción personal", lo que nos llevaría de nuevo a preguntarnos por la organicidad de un

libro de aforismos y, en consecuencia, por sus "protocolos de lectura", esto es, su dimensión pragmática.

La selección de autores para esta antología atestigua el coincidente interés de distintas generaciones por el aforismo y las formas breves, con la salvedad de que entre los nuevos autores la práctica del género puede constituir una dedicación literaria exclusiva. La amplia nómina que se presenta muestra una gran labor de rastreo por un espacio algo escondido del mundo de la edición, entreverándose así algunas plumas nombradas del panorama literario más reciente, como Carlos Edmundo de Ory, Carlos Castilla del Pino o Rafael Sánchez Ferlosio, con otras no tan conocidas.

La lectura de la antología revela ciertas recurrencias temáticas, con los esperados motivos universales, como el tiempo o la muerte ("Al despertar aplaudo, porque no era la muerte", de Dionisia García; "La muerte semeja la esencia de la simplicidad: carece de argumentos", de Rafael Martínez-Conde; "La muerte es la telaraña de la vida", de Fernando Menéndez) y algunas alusiones al mundo de la política. También se podría destacar la insistente proyección del yo como entidad inconsistente ("El espejo es la presentación diaria del desconocido íntimo", de Rafael Pérez Estrada; "Nadie es quien es si sus otros no están", de Ángel Guinda; "Cada ventana de mi casa da a un yo distinto", de Ramón Andrés).

Se saborea, en definitiva, un arte de agudeza renovado, que no siempre se libera del tono amonestador de las antiguas sentencias, pero que, en su conjunto, logra mostrar el espíritu de una época. Por esta razón, resultan de especial interés aquellos aforismos que logran afirmar el carácter pasajero o relativo de su propio mensaje, los que hacen del género la materia de examen ("Si a un aforismo le proporcionas una palabra de más, se rebela", de Dionisia García; "Decir lo máximo con recursos mínimos. O que lo parezca", de Carlos Pujol; "El aforismo no es un lenguaje limitado sino lenguaje-límite: limita con el silencio del sentido", de Andrés Ortiz-Osés; "Todo aforismo exige su refutación", de Erika Martínez), o aquellos que, deteniéndose en el propio medio expresivo, escenifican el puro encuentro con el lenguaje ("Inventar palabras, sí: para que ellas nos inventen", de Ángel Crespo; "Yo no soy mi palabra, sino mi relación defectuosa con ella", "El lenguaje no es el vehículo del pensamiento, sino el pensamiento mismo", de Vicente Núñez; "Escribir, verbo reflexivo", de Carlos Pujol; "El estilo de la verdad es una incertidumbre", de Miguel Ángel Arcas).

En suma, la antología de José Ramón González (y su meritoria introducción) saca a la luz un incipiente fenómeno literario, al tiempo que logra presentar la variedad y amplitud del panorama aforístico español. A su vez, es de alabar que a los textos les acompañe la presentación del género en su marco teórico e histórico, lo que evidencia las complejidades inherentes a su definición y conecta la práctica del aforismo con otras tendencias y preocupaciones de la literatura contemporánea.

ANTONIO RIVAS
antonio.rivas@unine.ch
Université de Neuchâtel